



REVISTA SEMANAL.

De esta revista se publican 48 números anuales.

Suprecio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

AÑO 3.º—NÚMERO 4.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

30 de Enero de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redacción y administración, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO:

La Amistad, por doña María Antonia Gonzalez.—**Á la Virgen María en su Concepcion Purísima**, poesía, por don Pedro Álvarez y Soria.—**Calvario y Redencion**, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Las alas de Icaro**, por don J. de D. Ruiz.—**Variedades**.

LA AMISTAD.

Á CRISTINA.

¡Amistad! palabra santa, palabra sublime, palabra divina, ¡qué mal interpretada eres, qué falsamente comprendida; qué destrozado se encuentra el purpúreo manto con que cobijas á la humanidad!

¡Amistad! rosa que nace en el alma, que fecunda el llanto, que crece con la abnegacion, y que solo puede marchitarse con la muerte del ser que la profesaba: flor que exhala seductor y delicioso aroma, con el que se purifica el perjudicial ambiente de la sociedad: y que al entreabrir su cáliz nos brinda un mundo de felicidades, que pocas veces sabemos aprovechar.

¡Amistad! cadena de la vida, suspiro constante de la criatura, deseo innato en el corazón de

todo ser que sepa sentir; ¡yo te saludo! Luminoso faro que nos alienta en el rudo combate de un naufragio perpétuo, ¡bendita seas!

¿Qué es la amistad? dirán esos desgraciados que la creen una palabra vacía de sentido; á lo que no pocos contestarán con enigmática sonrisa ó con desdeñoso gesto, que es un ideal acariciado por imaginaciones soñadoras; mas ¡ay! que pese al escepticismo de mal aconsejados filósofos, ha existido, existe y existirá siempre el lazo divino de la amistad, union misteriosa y encantadora de las almas.

Aquel que, menos crédulo, menos sensible y menos afortunado también, dude de este dulce y tranquilo sentimiento, recuerde sus primeros años y verá surgir en su mente la imagen de aquellas purísimas amistades, en las que se comparten las sonrisas y las lágrimas, las caricias y los suspiros. Recuerde lo imperioso que es el deseo ó mas bien la necesidad que el corazón de todo niño abriga de tener un amigo de su edad, con el que pueda dar expansion al afán de comunicar su bulliciosa alegría.

¿Por qué no pensar en las afecciones de nuestra infancia? ¡Hace tanto bien este recuerdo!

¿Por qué no comprender que la amistad, tal-

como debe ser sentida, es una poderosa necesidad del alma en todas las edades?

¿Por qué no asegurar que nos acompaña en el transcurso de la vida, siendo un constante consuelo que nos sonríe en la cuna, y después de caminar á nuestro lado deja una lágrima sobre nuestra tumba?

Las alegres amistades de la niñez, presididas siempre por el ángel de nuestra guarda, son tan hermosas como inocentes, pues no solo son una reunión de ángeles en la tierra, sino además la alegría de los ángeles en el cielo. ¡Deliciosos momentos de la infancia, en los que la amistad es tan pura como un rayo de sol! ¿por qué pasais tan pronto?

¡Oh! si fuese dado al hombre prolongar esos años que vuelan, y sujetar con ellos la dicha que nos abandona, al avanzar por la senda de la juventud, que conduce á la experiencia y después al desengaño. ¡Oh! Dios mío, si esto fuese posible!... pero no. la vida es corta y tenemos que pasar rápidamente por sus diferentes fases, como pasa un enfermo por los encontrados períodos de una fiebre que le consume.

Recordemos la juventud con sus confiadas amistades, con sus sencillos encantos; recordemos esa edad en la que ya no se juega con los objetos que nuestras manos destruían bien pronto; ya solo las ilusiones pueden ser el alimento de nuestras almas; terribles distracciones, expuesto juguete que nos destroza el corazón.

Ya no corremos tras el incauto pajarillo, ya no perseguimos á la brillante mariposa, ya no nos satisface contemplar el nido que cuelgan las aves entre la copa de los árboles; ya pensamos de un modo menos inocente, y tal vez envidiamos al ave que puede cruzar el espacio y acercarse á horizontes que nos deslumbran; ya no pensamos en una vida soñada, en unos placeres que no pueden existir, en un mundo que nos embriaga, haciéndonos levantar el espíritu muy lejos de la tierra que habitamos. Entonces se necesita un ser que nos comprenda; el hombre, en medio de su libertad, busca un amigo con el que habla de ese mágico y desconocido torbellino que agita su mente; la mujer busca una amiga que escuche sus confidencias y sepa enjugar con un beso las lágrimas de unos ojos que, mirando hácia el alma lloran de felicidad, y mirando hácia el mundo lloran de terror.

Esas confianzas de la juventud, esas amistades son el encanto de la vida, y sin duda Dios desliza su refulgente mirada, purificando con ella el alma de dos seres que se unen, solo para compartir sus impresiones, para sonreír á la in-

fluencia de un recuerdo, para referirse un sueño, para llorar una ilusión perdida, y formar con aquellas mismas lágrimas, el néctar de otras mil ilusiones; así como la semilla de una flor que cae tronchada por la tempestad, puede ser el principio de nuevas y fragantes flores.

La amistad en esa época de la vida en que ya impera la razón, es no menos precisa, pues ella fortalece para el cumplimiento de los deberes, siempre que sea una amistad basada en sólidos principios; amistad que lleva en su seno la virtud y la dicha.

¿Qué cuadro mas interesante puede darse que el que forman dos madres, tratando del porvenir de sus hijos, unidos por el lazo de la mas pura amistad?

Fuera de la familia, que es un sagrado donde se comparten la dicha y el dolor, solo la amistad puede amenizar la vida.

La amistad es el oasis de delicioso encanto, donde descansamos de la penosa marcha por un desierto que solo pesares nos brinda.

La amistad es sublime cuando la practican dos criaturas que la comprenden. La amistad es divina cuando llora, hermosa cuando rie, sublime cuando siente en silencio, cándida cuando habla, anhelante cuando escucha y franca siempre.

La amistad en la vejez es también, á no dudarla una necesidad imperiosa; con ella recordamos épocas que desaparecieron, hundiéndose en el abismo que devora nuestra existencia.

La verdadera amistad debe guardarse en el fondo del corazón como inapreciable tesoro; pero no la busqueis entre el bullicio del mundo, pues será difícil encontrarla allí; buscadla en el trato íntimo, en el misterio de alguna existencia consagrada al dolor, en el fondo de algún corazón que atesore consuelos y anhele cariño.

¡Amistad! castísimo lazo que une dos almas con un afecto del cielo: sentimiento casto y purísimo que anidas en el corazón y que vives en él, simbolizando la abnegación, la indulgencia y el dulce cariño con que se miran los ángeles: tú te pareces al amor en la ternura y el anhelo, y sin embargo, eres mas pura, mas desinteresada, mas tranquila; solo con el cariño maternal puedes hallar comparación y semejanza, porque como él, ni impones condiciones ni exiges sacrificios.

¡Amistad! ¡amistad! bendita seas tú que nos acercas al amor perfecto y elevas nuestras almas al infinito.

Maria Antonia Gonzalez.

Zafra 3 de Enero 1877.

Á LA VÍRGEN MARÍA
EN SU CONCEPCION PURÍSIMA.

Virgen amante, que al nacer risueña
Inundaste de gracia los espacios;
Y de la redencion tan deseada
La Aurora fuiste.

Virgen, que sin el brillo de tus ojos,
Lóbrega noche el firmamento fuera;
Ni aroma diera, ni ostentara ufana
Tintes la rosa.

Cuando tu hermoso Ser vino á la vida,
Las arpas celestiales te cantaron;
Y espléndida en tu obsequio, la natura
Vistió sus galas.

Del frondoso vergel las avecillas,
En mágico lenguaje publicaban
Que era nacida la divina Ave....
La Ave María.

Ave que arrulla con su voz canora;
Suspiro celestial, dulce reclamo;
Sagrada lira que armoniosa mueve
Sus cuerdas de oro.

Grandioso caliz de preciosa mirra;
Grato perfume del pensil del cielo;
Mística rosa de gentil belleza;
Lirio del valle.

Cerrado huerto, de olorosas flores;
Sellada fuente, de divinas aguas;
Nuevo Jordan de linfas cristalinas
Que el cielo riega.

Astro esmaltado de graciosas perlas;
Clemente nube que la vida vierte;
Pintado iris, que la paz escribe
En su bandera.

Linda Vestal, que en la sagrada pira
El fuego enciende del amor divino:
Vaso que guarda celestial tesoro
De ricas joyas.

Eden que ocupas el augusto trono,
Que Dios hiciera para Ti, en la gloria;
Do el viento agita tu flotante velo
Lleno de estrellas.

Al ser de dia, cuando brilla Febo
Midiendo la mitad de su carrera,
Y al triste anochecer, el caminante
Suspende el paso:

Descubre su cabeza, y reverente
Recita tus benditas oraciones;
Y la campana del cristiano Templo
Vibra sonora.

Tres veces cada dia te alabamos:
Y cuando el hombre reza acá en la tierra,
Los Ángeles tambien, en las alturas
Tus glorias cantan.

Tú, que en la mente del eterno estabas
Cuando el mundo y la luz no eran creados,
Predestinada para santos fines
Sobre la tierra.

Tú, que fuiste la flor que abrió su caliz
Para espejo de Dios omnipotente;
Y al alma diste venturosa via
Para ir al cielo.

Tú, que has sido la Virgen escogida
Para Madre de Dios, Hija y Esposa,
Y á Jesus en tu seno concebiste
Quedando pura;

Tú, que en yermo portal, en la pobreza
Le diste á luz, mas blanco que un armiño;
Y en Él hallabas cariñosa Madre
Tiernas delicias:

Tú, que ascendiste á la mayor altura
Cuando dijo Gabriel «Ave María,»
Y te anunció, del cielo mensajero,
Tu gran destino:

Y con sorpresa y de humildad henchida
Á Dios dijiste en melodioso acento,
«Hágase en Mí tu voluntad suprema,
Hé aquí tu esclava.»

Tú de la Trinidad hermoso Templo,
Cuyo escabel le forman los querubes,
Y esa greca de estrellas de diamante
Que el mundo admira:

Tú, que en la gloria donde reina ciñes
Con diadema inmortal, tu hermosa frente,
Y oscureces el brillo de los astros
Con tu belleza,

Y disipas con solo una mirada
Las negras sombras de la noche umbría:
Cuando vuelves tus ojos á nosotros
Sale la Aurora.

Tú, que cruzaste de dolor la senda,
Contemplando en la Cruz la Hostia sagrada;
Epopeya sangrienta, la mas grande
Que viera el mundo:

Tú, que apuraste el doloroso cáliz
Que fué por Simeon profetizado,
Viendo morir al Ser que alimentaste
En tus entrañas:

Tú, que has vertido en amoroso llanto,
De esos ojos que eclipsan la hermosura,
Mas lágrimas que el prado tiene flores
Y el mar arenas:

Tú, que posees las bellezas todas
Y resumes los dones celestiales,
¿Qué pedirás á Dios, tu querido Hijo,
Que no conceda?

¿Qué negará su amor, blanca paloma
Cuando pidan tus labios purpurinos,
Que sellaron su frente con el beso
De tierna Madre?

Esbelta palma, hermoso cinamomo,
Que en el desierto brindas un asilo,
Tus ramas tiendes y piadosa cubres
Al desgraciado:

Aboga compasiva por nosotros;
Que en este valle de desdicha tanta,
Llanto y dolor tenemos sin tu amparo
Por triste herencia.

En Tí ciframos, celestial Señora,
Nuestra esperanza y nuestra fé segura;
¿Quién de una Madre bondadosa y pia,
Favor no alcanza?

Pedro Alvarez y Soria.

Yecla 8 diciembre 1876.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Élia de Osorio, á su hermana María.

Por fin hemos sabido de tí, mi buena María, y á la par hemos tenido noticias de Fabian.

Gracias al cielo, nuestra madre está mas tranquila, y aunque llora mucho, en sus lágrimas no hay ya tan angustiosa inquietud.

Sabe, ó mejor dicho, sabemos las dos cómo invertís las horas; esas horas en que trabajais por nosotras, y puedes estar cierta que en cada momento de ellas, las dulces bendiciones de una anciana y de una niña caen sobre vuestras frentes, atrayendo con ellas las del cielo tambien.

Yo nada puedo decirte de nosotras que sea nuevo para tí; nuestra vida es siempre igual, se parece á las claras aguas de un sereno lago, que ni tienen tempestades ni movibles olas.

Por la mañana me levanto con el alba, bajo á nuestro jardin y cuido las flores, que son desde que tú te has ido mis únicas compañeras, mis únicas hermanas: entre ellas miro con preferencia la glorieta de jazmines, á cuya sombra iba Fabian á estudiar todos los dias, y el blanco rosal que entolda las ventanas de tu antiguo cuarto.

Aquellos jazmines, inclinándose hácia mi paso, parece que me preguntan todos los dias por nuestro hermano querido, y las blancas rosas, trepando hasta los hierros de tu reja, parece que van á buscarte, asomándose á tu estancia para ofrecerte su primer aroma, salpicadas aun con las claras gotas del rocío.

Por eso las amo tanto!

Tú las cuidabas mucho y yo quiero reemplazarte, para que esas flores no te echen de menos tanto como yo.

Es tan triste verse privada de las caricias y los desvelos de una persona querida!

En cuanto á nuestra madre, mi buena María, yo me afano mucho por complacerla, por hacer todo lo que tú hacias; pero estoy cierta que tu presencia la hace falta, y es porque tú eres un ángel y yo no soy mas que una pobre criatura que solo sabe amaros, pero nada mas.

Antes tú cuidabas de todo y yo no tenia que hacer sino obedecerte; ahora es distinto: á pesar de mis diez y seis años, tengo que representar el papel de ama de casa, y esto, te lo confieso, es superior á mis fuerzas.

Pero, qué niña soy y sobre todo, qué ingrata! perdóname, María, perdóname estas palabras; te hablo de cuidados y de deberes, yo que soy la única que en esta hora de desgracia para nuestra familia no se ha impuesto ninguno! Yo, que sin hacer ningun sacrificio por vosotros, tengo todas las ventajas de que os habeis privado. Yo, á quien habeis dado la mejor parte, dejándome junto á nuestra madre, pudiendo verla á todas horas, mientras vosotros trabajais lejos para ella.

Oh! si estuvieras aquí debias reñirme, y con razon; pero ¿qué quieres? sin tus consejos, sin tu presencia, no sé sino hacerlo todo mal! hasta enviándote mis pensamientos soy digna de reprehension.

Por eso quiero que tú estés siempre presente á todo cuanto hago, y he puesto tu retrato en nuestra pequeña sala de labor, en frente del sillón que ocupa nuestra madre de continuo.

Allí parece que tus hermosos ojos me están mirando siempre, y que tus puros labios me sonrien, con esa expresion de dulzura que tú sola posees y que es el mayor de tus atractivos.

Llevo muchos renglones escritos, y aun no te he dicho lo principal que queria referirte.

Yo no sé por qué, lo primero que anhelamos estampar en nuestras cartas es lo último que escribe siempre nuestra pluma.

Tenemos un huesped en casa, un pobre jóven herido de gravedad casi á nuestra misma puerta, y á quien debemos dar hospitalidad por algun tiempo aun.

Te diré como todo ha pasado:

Hace dos dias, y casi al caer la tarde, me hallaba con nuestra madre al fin de la avenida de árboles que precede á nuestra morada.

La luz se iba apagando, la sombra que se estendia ya por el llano, empezaba á elevarse tambien á la cima de las montañas vecinas.

Sin embargo, nosotras no nos atrevíamos á separarnos de allí, porque esperábamos carta vuestra.

De pronto, la explosion de un arma de fuego nos hizo estremecer, y nos miramos aterradas.

Tom, que corria alegremente un poco mas lejos, volvió rápidamente á mi lado, como para defenderme de algun peligro; pero poco despues alzó su hermosa cabeza, olfateó un instante y empezó á ahullar de un modo lastimero.

Nosotras prestamos atencion, pero nada oimos; sin embargo, tuvimos miedo é intentamos volver á nuestra casa.

Ya habíamos dado algunos pasos, cuando percibimos á alguna distancia el galope de un caballo.

—Sin duda es el cartero! exclamó nuestra madre con alegría, olvidándolo todo para pensar solo en vosotros: si, añadió; él será, esperemos, esperemos aquí.

La obedecí, y me detuve.

Pero ¡cuál no seria mi sorpresa al ver avanzar un ginete, pálido, cubierto de sangre y con los brazos caidos, sin poder refrenar el alazan en que montaba!

Dí un grito de espanto, pero el caballo desbocado adelantaba tan rápidamente, que antes de darnos tiempo para que huyésemos de aquel sitio, ya cruzaba á nuestro lado; pero con tanta desgracia y tan desatinada carrera, que arrojó de la silla á su dueño á corta distancia de nosotras.

El golpe fué terrible, fué mortal! Yo no sé si á causa de él ó á causa de sus heridas, el jóven perdió el conocimiento, hasta el extremo de no exhalar un ¡ay! siquiera.

Nosotras, hermana mia, nos aterramos y quedamos inmóviles y petrificadas, sin poder huir ni correr á auxiliar á aquel infeliz.

Por fortuna, nuestro anciano párroco apareció en medio del camino, de vuelta, sin duda, de su diario paseo.

Su vista me devolvió el valor, y corrí hácia él exclamando:

—¡Oh! venga V., padre mio, venga V.; aquí hay un hombre que se muere!

El buen sacerdote apresuró el paso que llevaba, y un instante despues se hallaba junto á aquel desgraciado.

Le examinó con atencien mientras en su venerable semblante se pintaba un profundo pesar, y moviendo la cabeza, murmuró:

—No está muerto; pero puede morir si le desamparamos.

Nuestra buena madre, en cuyo corazon hay siempre un latido que responde á todos los generosos sentimientos, se adelantó hácia el anciano, y con esa nobleza y esa bondad innatas en su alma,

—Señor cura, dijo: cuanto yo pueda hacer en beneficio de ese desgraciado, estoy pronta á efectuarlo; ordene V. lo que crea conveniente.

—Este jóven necesita un lecho, necesita un médico; respondió el ministro de Dios.

—En mi casa puede hallar lo primero, se apresuró á exclamar nuestra madre.

—Y en cuanto á lo segundo, yo me encargo de ello, añadió el sacerdote.

Él mismo hizo venir á algunos labriegos de las cercanias, y en breve el herido se halló ocupando el cuarto y el lecho de Fabian, sin haber recobrado aun el conocimiento.

Así permanecia cuando el médico llegó; pero éste, despues de reconocerle detenidamente, declaró que su herida no era mortal, á pesar de que tenia una bala en un lado del pecho.

Auxiliado por el sacerdote le hizo la primera cura: nuestra madre asistió á ella, con una presencia de espíritu superior á lo que esperaba, y me hizo colocar su sillón al lado de la cama, para velar allí tambien, pues ya que la Providencia nos habia enviado á aquel infeliz, quiso hacer con él las veces de una tierna madre.

Bien entrada la noche, el enfermo pronunció algunas palabras incoherentes.

La fiebre le hacia delirar, y á pesar de las preguntas del doctor, no pudimos saber ni su nombre, ni el nombre del que le ha herido.

Así continuó ayer todo el dia.

Hemos tenido que tomar una criada que, aunque anciana, me ayuda á cuidar al enfermo y á nuestra madre á la par.

Esta mañana la calentura era menos fuerte, y la mirada del pobre herido no era tan ardiente ni tan insensata: á la expresion del delirio, habia sustituido una terrible postracion, y de sus labios se escapaban algunas frases que revelaban su profundo abatimiento.

Sin embargo, aun no se daba cuenta de su situacion, ni preguntaba dónde se hallaba.

Al verle allí tendido en aquel lecho, con su simpático y noble semblante tan pálido y tan abatido, mi corazon, sin saber por qué, ha sentido una angustia infinita, y en mis pestañas ha temblado una lágrima al pensar que aquel hombre podia morir.

Y sin embargo, aun no sé su nombre, hermana mia: solo su aspecto y su traje demuestra que pertenece á una clase distinguida.

¡Ah! se me olvidaba decírtelo: al quitarle los vestidos para hacerle la primera cura, el médico halló entre ellos el retrato de una mujer! de una mujer hermosa, pero en cuyo semblante he hallado algo de frio y repulsivo. ¡Oh! sin saber quién es, comprendo que jamás podria yo amarla.

Ya ves que te lo cuento todo, todo; hasta mis pensamientos y mis impresiones! mañana te escribiré tambien y te diré cómo se encuentra el enfermo, y si hemos podido adquirir algunas noticias que nos hagan conocerle.

Adios, hermana mia: recibe mil bendiciones de nuestra madre, y todo el amor de tu hermana —Élia.

(Continuará).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LAS ALAS DE ÍCARO.

(Conclusion).

Esperaba ver renovarse los aplausos con que habia sido acogida su primera obra; pero la especie de retiro á que se habia condenado durante tres meses, le habian hecho olvidar; la atencion del mundo elegante estaba fija en este momento toda entera sobre un jóven viajero que llegaba de Tombouctou y que habia querido presentarse en algunos salones con el vestido africano. Tambien cuando Francisco volvió á aparecer en los círculos de que poco antes habia sido la maravilla, le recibieron con esa benevolencia distraida que es la mas cruel de las indiferencias. La *novedad* del poeta cincelador estaba agotada: todo el mundo lo conocia y se encontraba relegado á su vez en ese firmamento de astros reformados, que habian sucesivamente brillado como él, sobre el horizonte de la moda. Sus mas ardientes admiradores se contentaron con estrecharle la mano, preguntándole si *trabajaba siempre*; pregunta habitual de los ociosos que creen probaros su interés hácia vuestras recientes obras, haciendo patente que ignoran hasta la existencia de ellas.

Francisco quedó atonito de este cambio. Hubiera podido despreciar la envidia, sostener una lucha; pero no estaba preparado para un olvido tan inesperado. Las quejas del librero vinieron todavia á aumentar su sorpresa. Nadie hablaba del nuevo volumen, cuyos ejemplares permanecian casa del encuadernador. Bajo pena de arruinarse era necesario hacer un esfuerzo para volverse á atraer la atencion pública. El jóven violentó su orgullo y se decidió á hacer él mismo el solicitador.

Pero tanta indulgencia habia encontrado para la primera obra, como dificultades para la segunda. Los críticos cuya aprobacion, por decirlo así, habia sorprendido, habian tenido tiempo de reponerse y volver á encontrar su humor picante; los poetas que habian al punto acogido al nuevo poeta como á un extranjero á quien

hacian los honores de su casa, estrecharon sus filas cuando lo vieron dispuesto á pedir un lugar entre ellos; en cuanto á los indiferentes, conocian su estilo, y no teniendo nada mas que aprender, se habian vuelto hácia una *curiosidad* mas reciente.

Rechazado así por un convenio tácito de falsedad, celos ó frivolidad, Francisco no pudo alcanzar nada. Habia tenido su dia y su triunfo; todo habia concluido para él.

Cuando manifestó su dolorosa sorpresa á su protector, este se encogió de hombros.

—Es la ley comun, dijo suspirando. Vivimos en un tiempo de ingratitud literaria. La obra maestra de esta noche es olvidada mañana; el público nos presta la celebridad, pero no nos la da. Es necesario mantenerse en su lugar por medio de continuos esfuerzos y renovaciones infinitas. La carrera del artista es en el dia una continuacion de encarnaciones como la de Boudha. Ved el medio de reaparecer bajo una nueva forma, de rehacer la fisonomía de vuestro talento; la perfeccion misma desagradaria si debiera ser continua. Por lo demás los recursos del arte son infinitos; no desmayeis: hay un proverbio latino que dice que *la fortuna favorece á los audaces*.

Francisco no deseaba otra cosa que justificar este proverbio: solo le faltaba adivinar el género de audacia á que podia recurrir; porque las máximas generales de un efecto siempre tan feliz en los discursos, ofrecen comunmente en la práctica, el serio inconveniente de no ser aplicables, y se les podria comparar á esos calzados dorados que sirven de muestra, pero que no calzan ningun pié. Nuestro desgraciado poeta ensayó todas las clases de atrevimiento sin sacar ningun fruto. Su prosa y sus versos, llevados por su mano de diario en diario, de editor en editor, encontraban apenas de tiempo en tiempo, un lugar mezquino acordado por favor. Su musa habia descendido del poema á las novelas, y de las novelas á los romances.

Entretanto el tiempo seguia corriendo, los recursos disminuian, la necesidad se hacia mas apremiante; finalmente, llegaron las deudas! Francisco, que hasta entonces habia podido andar con la cabeza levantada, empezó esa vida de tormentos, de inquietudes y ocultaciones, en la que la dignidad parece infaliblemente con el reposo. Era necesario acostumbrarse á huir del acreedor á quien no se podia satisfacer, ó sopor-tar sin cólera sus reproches, ó inventar promesas engañosas! Pero Francisco se daba poca maña á estas vergonzosas maniobras; tomaba con demasiada seriedad su posición, y no sabiendo

quejarse de ella con el reclamante, cada vez le dejaba irse mas irritado.

Estas difíciles pruebas habian además agriado su humor; huia de todo el mundo y se encerraba en una soledad que acababa de hacerle olvidar. Disgustado del protector que le habia atraído á una carrera cuyos peligros le eran ahora demasiado conocidos, habia casi cesado de verlo. La vista del mismo Estéban se le habia hecho dolorosa, porque le recordaba un pasado que continuaba rechazando en alta voz, pesándole interiormente haberlo abandonado. Sentia ahora que su trasformacion le habia hecho perder una posicion sin adquirirle otra. Aun algunas veces, en esas horas crueles en que el sufrimiento es bastante profundo para sofocar la voz del orgullo, se confesaba á sí mismo la justicia de su caida; reconocia que para ocupar un puesto en las ciencias eran necesarios unos estudios que él no habia hecho, unas meditaciones y unas lecturas que no habian tenido lugar en él. El genio solo habia podido suplir lo que le faltaba. Ah! lo reconocia al fin, el arte tambien pedia largos años de aprendizaje; el gusto podia abreviarlos, pero no suplirlos.

Desgraciadamente estas tardías reflexiones nada remediaban, y aumentaban el desaliento del jóven. Mas incapaz cada dia para el trabajo y mas estrechado por sus acreedores, llegó al fin á un extremo que otro mas hábil hubiera sabido retardar, sino precaver. Despertado una mañana por la justicia que le mostró un auto de prision contra él, debió dejarse conducir preso.

El golpe, aunque previsto, fué terrible. Educado en los severos principios de una probidad absoluta, Francisco no conocia las distinciones establecidas en el mundo, entre las diferentes especies de vergüenzas. La prision por deudas no le parecia menos infamante, porque alcanzaba comunmente á una clase mas elegante. Habia faltado á sus compromisos, y por consecuencia merecido el castigo que le abrumaba! Su imaginacion no le sugirió otra idea. Imposibilitado de rescatar lo que él miraba como su honor, tuvo el pensamiento de no sobrevivir á esta humillacion. Entregado á un delirio desesperado que no le permitia reflexionar mas, se puso á escribir una carta dirigida al hombre célebre que le habia arrancado de su humilde condicion para abrirle el funesto camino que lo habia conducido á la prision: le reprochaba con amargura la imprudencia de sus atabanzas; le descubria la posicion extrema á que habia llegado, y declaraba que, pues que nada tenia que esperar de la vida, pediria á la muerte la libertad y el reposo....!

En este momento dos manos que se apoyaron sobre la suya, le detuvieron. Volvióse estremeciéndose: Estéban estaba detrás de él.

—Qué quieres? gritó Francisco extraviado.

—Probarte que tu esperanza no está perdida en la vida, respondió Estéban.

—Quién te ha dicho....?

—Estaba ahí, he leído por cima de tus hombros.

—Entonces, qué vienes á hacer aquí?

—Buscarte.

—Ignoras pues, que estoy preso?

—Estás libre!

Y Estéban mostraba á su primo las cuentas presentadas algunas horas antes por el guarda de comercio, y que acababan de ser satisfechas.

El jóven rehusó al pronto el creer á sus propios ojos. Fué menester que Estéban le contase como lo habia sabido todo en su casa, donde habia ido á verle algunos minutos despues de su arresto, y como habia corrido á buscar al pasadizo de Bastour todos sus ahorros, que habian dichosamente bastado para solventar sus créditos.

Á esta explicacion, Francisco se arrojó en sus brazos, y quiso balbucear algunas palabras de agradecimiento; pero Estéban no le dejó tiempo; lo condujo casi corriendo hasta el fiacre que habia traído, y pronto se encontraron ambos al lado de la tia Marta, que los esperaba con ansiedad.

La entrevista fué una mezcla de alegría y de lágrimas. Francisco leia en los ojos de la anciana paralítica, las reconvenciones mezcladas de ternura que no podia dirigirle, y él mismo las traducía en alta voz con una vehemencia enternecida. Acusaba á su orgullo, y se reprochaba el sacrificio que su libertad acababa de costarle; deploraba su inutilidad, su locura....!

Estéban le interrumpió:

—Mas tarde hablaremos de todo eso, dijo graciosamente; hoy no debemos pensar mas que en el placer de encontrarnos juntos. La abuela ha querido matar el mejor ternero en celebridad de tu vuelta; sentémonos á la mesa y no hablemos mas que del presente.

Francisco se vió precisado á ceder y sentarse al lado de la tia Marta. Volvió á encontrar la silla que le estaba destinada en otro tiempo; el vaso dado por su primo y sobre el cual estaba grabada su cifra; el antiguo cuchillo que habia pertenecido á su padre, y de que él se servía con preferencia; todo, en fin, habia sido conservado como si se hubiese contado con una vuelta próxima, y su partida parecia no haber sido mas que una ausencia.

Estéban ayudó á esta ilusion hablando como siempre de sus últimas obras, y de sus últimas poesías. Todo iba bien por ambos lados: la clientela se habia aumentado, y se empezaban á repetir sus canciones en los talleres mas cercanos. Recitó nuevos versos á Francisco que dejándose llevar de su fuego poético, recobró su entusiasmo para decir á su vez unas estrofas casi olvidadas. La tia Marta contemplaba este cambio de confidencias con mirada alegre y cariñosa. En fin, la hora del sueño llegó. Francisco volvió á encontrar el cuartito que ocupara en otro tiempo tal como lo habia dejado: el ramillete de violetas que le gustaba ver sobre su mesita de abeto, estaba en su lugar ordinario. El jóven obrero se sentia mudo y atónito hasta el fondo de su alma: comparaba la intimidad afectuosa de este interior laborioso, con la indiferencia egoísta del mundo que habia atravesado, y mil proyectos contrarios se sucedian en su imaginacion.

Estéban y la tia Marta no estaban mas tranquilos. Esperaban con ansiedad la resolucion de Francisco sin atreverse á preverla. La leccion habia sido cruel; pero era suficiente para desengañarlo? En el primer instante podia ceder á la necesidad, y volver al trabajo; pero no se someteria á esta condicion con la esperanza de que seria pasajera? Esta era la cuestion porque de ello dependia su felicidad ó su desgracia.

Estéban que habia pasado una parte de la noche en estas reflexiones, se levantó mucho mas tarde que de costumbre. Al abrir los ojos vió el dia del que se habia olvidado, y saltó de la cama con precipitacion. Mientras se ponía sus primeros vestidos, un ruido inesperado vino á herir sus oídos. Admirado, alargó la cabeza para escuchar... Era el sonido del punzón sobre el acero. Acometido por una súbita sospecha, corre á la puerta del taller, la atraviesa bruscamente, y se detiene dando un grito!

Francisco estaba en su antiguo lugar, y acababa una pieza empezada la víspera.

El tambien habia reflexionado, y su resolucion estaba tomada: volvió á recobrar la blusa y el delantal de obrero.

No tenemos necesidad de decir cuál fué la alegría de Estéban y de Marta. En cuanto á Francisco, persistió valerosamente en su nueva decision, y cuando su primo parecia temer que se hartase del rudo trabajo de que se encargaba, le decia sonriendo:

—Tranquilízate; ahora sé que todas las condiciones tienen sus pruebas, y que la mejor para cada uno de nosotros, es aquella á que la educacion nos ha destinado. He comprendido

al fin, la fábula de Ícaro: para elevarse no es suficiente fabricarse alas; es necesario que sean naturales, y que hayan crecido con nosotros.

Traducido.

J. de D. Ruiz.

VARIETADES.

LOS DOS VIOLINISTAS.

En una plaza de Turin estaba un pobre y anciano ciego, que con un mal violin y peor ejecucion tocaba algunos aires nacionales, rodeado de poquísimas personas. Los aires eran muy característicos, pero el ciego los estrujaba que daba lástima, y el oído menos delicado no podia sufrir tantísimo desacorde.

Bien procuraba el lazarrillo presentar su platito á los transeúntes, para obtener de ellos un óbolo, pero inútilmente.

Acertaba á atravesar la plaza un hombre de mas de mediana edad, vestido elegantemente; contempla por un momento al ciego, lee en sus andrajosos vestidos pintada la miseria, y dirigiéndose á él le dice:

—Buen hombre, me permitís probar vuestro violin? y entre tanto puso en sus manos tres monedas de plata.

Obligado el ciego por tamaña insinuacion, contesta:

—De buena gana; pero sobre no valer gran cosa, le encontrareis desarreglado.

—No importa, contestó el desconocido; y tomando el violin lo acordó lo mejor que pudo, y comenzó por reproducir los mismos aires que tocaba el ciego, parafraseándolos por espacio de un cuarto de hora.

Á los magicos sonidos del nuevo violinista, fueron reuniéndose allí cuantos acertaban á pasar por la plaza, á pesar de los ardores de un sol abrasador.

Cuando se hubo formado un buen corro, paró el violinista de tocar, y dirigiéndose á los circunstantes, dijo:

—Señores, aquí termina la primera parte del concierto; luego se empezará la segunda; entretanto una limosna por Dios.

Y quitándose el sombrero ordenó al lazarrillo fuera pasando la vuelta. Todos dieron su óbolo, y cuando el platito fué bien repleto, vaciólo en el sombrero del ciego, diciéndole en voz baja:

—Con esto podeis comprar cuerdas; las de vuestro violin merecen el retiro.

—Gracias, señor, contestó el ciego, que no sabia lo que le pasaba.

Los espectadores creian iba á comenzar la segunda parte del concierto, pero el desconocido devolvió el violin al músico callejero, diciéndole:

—Tocad la segunda parte del concierto, y procurad sea variado. Quedad con Dios, señores. El os premie la caridad que habeis hecho al ciego.

El ciego no se atrevió á probar fortuna y se retiró muy satisfecho de su jornada, bendiciendo al que no sabia si era un ángel que Dios le habia enviado.

No hay duda que el hecho es edificante y que el desconocido merece las bendiciones de todo el mundo; pero causará extrañeza el saber que el desconocido era el célebre artista, que de jugador y pródigo que era en su juventud, volvióse codicioso y avaro en la edad viril, en términos que difícilmente dejaba admirar gratis su talento artístico. Hablamos del violinista mas prodigioso que se ha conocido: el célebre *Paganini*.

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES.